

## GERMÁN PATRICIO ANSÓN

Probablemente había empezado ya el año 1988 cuando alguien debió de invitar a Germán a una de aquellas reuniones en las que surgió De Babel. Nuestra impresión mutua inicial fue idéntica, a la vista de lo que él me ha confesado, por escrito, años después: «La distancia que media entre nosotros dos no puede ser mensurada en escalas terrestres». Pero, ya porque me he mantenido siempre en el empeño de partir más lanzas por lo ajeno y lo distinto que por lo propio ya por romperle los esquemas, minutos después de que empezara a leer su relato le espeté mi juicio, por lo evidentemente franco, más desafiante: «Estamos en una tertulia de aprendices de escritor. Tú eres aprendiz de genio». Los rizos que le saltaban al ritmo de su prosa se detuvieron de pronto para corresponder con una mirada de comprobación y una sonrisa helada. Tal vez entendió también las tangentes ambiguas de aquella frase, y por eso prefirió no volver. Alguien comentó en algún momento que se había ido a EEUU, luego que andaba por ¿Praga?... Casi cinco años después recibí desde Amsterdam un voluminoso envío suyo.

## DISTORSIÓN

Al mediodía, el colegio nacional celebraba almuerzos masivos para retenerles acorralados hasta las cinco. Toda la vida iba Sisebundo a recordar sus caras: *el tocino, el mojón, el conejo, el basurita, el mugre*. Ninguno continuaría estudiando.

Era el último curso en vísperas de la Enseñanza Media; (aún faltaba mucho para que Sisebundo cumpliera los veintidós años y le sucediera un atroz desenlace imprevisto). Allí gozaban los renacuajos de autonomía espontánea justo antes y después de almorzar, cuando el profesorado engullía con afán el aperitivo o sorbía a chispos el café de molinillo de don Virgilio, y dejaba de inquietarse por la chiquillería. Los angelitos correteaban hasta por los tejados, las mediaguas y los sobradillos, descolgándose por la azotea, por los chaperones sucios, por las canaletas oxidadas, por la claraboya de la clase aborrecida. La clase que se separaba del comedor colectivo mediante una raquílica cortina plegable de madera de raja cañiza; desde luego el recinto no había sido concebido como aula pero, en fin, como decía «la» Lola, yo soy la carne y usted el cuchillo. Las criaturas soportaban garabatear metódicamente las caligrafías de los cuadernos de «Amiguitos», declamaban las tablas de multiplicar, salmodiaban las preguntas y respuestas del catecismo católico, calcaban artículos esotéricos de *SOL-Diario de Málaga* con el anfibiológico nombramiento de un nuevo ministro de Educación y Ciencia, leían actividades prácticas del libro de Naturales que no podrían realizar porque carecían de laboratorio, leían consejos del libro de Sociales que no podrían realizar porque sugería visitas a museos o viajes utópicos en metro, peculiar arrogancia tipográfica de Madrid o Barcelona, y todo en el pasillo de una casa vieja con las columnas en medio, el cañillo, los cubos de las fregonas y el suelo de baldosines rojos del patio.

En el patio *el tocino* se sentía muy frágil. *El tocino* era Fabián Rosales, el que luego acabaría en Amsterdam como soplón de la policía. Era una pobre criatura sin pellejo, sin malicia, pero también era un pedazo de pan blanco que el mundo se empeñaba en amasar. Sisebundo había sido el último mico hasta que Alejandro le reemplazó en el cargo tribal de payasito; llegaba de aluvión el gordo porque su padre no encontraba trabajo en Facinas y allí en San Martín del Despojo le hacían camarero de turistas; ahora, por fin, había alguien por debajo de Sisebundo, más feo que él, más torpe que él, más pusilánime que él.

Además, a los alumnos no les estaba permitido pisar el rectángulo de hormigón para fútbol en las horas comestibles, aunque Sisebundo siempre lo persuadía para fugarse, y se escabullían cruzando de puntillas por delante de la sala del claustro, donde los maestros debatían con vasos turbios en la mano y con don Enrique Tomate sobándose la barba, silencioso, en un rincón, mirando nostálgico las brumas marítimas a través de la ventana, tras calimas nebulosas y anocheceres inciertos.

—Que sí, Teófilo —Exclamaba don Virgilio, el dueño de la máquina de café—, lo que planteo no es moral, sino empírico, politécnico. Tú me entiendes. ¡Los hombres sienten una atracción irracional por la belleza y las mujeres sienten una atracción irracional por la inteligencia!

—Ya, claro —Reía don Teófilo, el del bigote—, por eso la mujer tiende a ser vaca y el hombre a ser burro, ¿no?

—Pero hombre, Teófilo, que no me estás tomando en serio... —Repuso don Virgilio, y en ese momento descubrió a Sisebundo y *al Tocino* reptando hacia la ventanuca de la despensa— ¡Sisebundo! ¿Pero dónde te crees que vas, desgraciado? Condenado feto sietemesino, ¡arreando al comedor, sinvergüenza! Y tú, Fabián, alma de cántaro, no te juntes con el golfo éste, que vas a acabar llorando.

GERMÁN P. ANSÓN

Distorsión

En efecto, acabó llorando en la comida, porque Rogelio *el basurita* se atiborraba la boca de macarrones con tomate, los escupía solemnemente dentro del plato de *el tocino*, la pandilla reía a borbotones y Fabiancito gemía, sollozaba, protestaba entre dientes, (Corría el año setenta y tres, pronto iban a morir los tres Pablos geniales). En el revuelo del arroz con leche, pastoso como las vísceras viscosas de los gatos muertos, se escurrieron los seis compinches dentro del aula, ágiles y delgados, como anguilas ahumadas resbalando por el desagüe. (Pablo Picasso, Pablo Casals, Pablo Neruda). El colegio era tan chapucero que tras el pizarrón descubrieron un falsete escondido, sin cerradura.

—¿Lo abrimos?

—No —Gemía *el tocino*—, dejarlo, dejarlo.

¡ —Venga, venga —Animó *el mugre*.

—Abre, *tocino* —Ordenó *el basurita*.

La puerta daba a una especie de almacén destartado, que dormitaba en penumbras y olía a cerrado y a humedad.

—Algo me ha tocado la cabeza.

—Una telaraña, *tocino*, calla ya.

—Cagón.

Casi, casi se le podía oír al cuarto respirar, como con un ronquido lúgubre de polvo y cucarachas. Reposaban en desorden soñoliento la mayoría de chismes enviados desde Madrid o Sevilla y la Diputación Provincial, amodorrándose en la media luz un aletargado revoltijo de encerados, tizas, esponjas, mesas, sillas de hierro y pupitres verdes.

—Menudo cabrón el director —Expuso Rogelio *el basurita*— mi silla sin respaldo y todo esto aquí, nuevo y muerto de risa.

—Es culpa del director.

—Es un cabrón.

—Se ha quedado calvo de tan cabrón como es.

—A lo mejor —Reflexionó *el basurita*— esto es como los barriles del Chiclana de mi padre, que se tienen que curar en la bodega.

—A lo mejor esto es como los jamones de bellota.

—A lo mejor hay gusanos.

—A lo mejor son como los ataúdes —Intervino Sisebundo—, o como las momias de los vampiros.

—Mira *el muerto* con lo que sale ahora.

—No sabía que te llamaban *el muerto*.

—Cierra tu puta boca, *tocino* de mierda. Tú eres un gordo de mierda y tu madre es una piojosa y tu padre es un cornudo y «le» chupa la polla a los alemanes.

—Qué valiente eres con *el tocino, muerto*. A ver si tienes las pelotas de decírmelo a mí.

—Suelta. Que me sueltes. No me agarres de la chamarreta que es de mi padre y me la vas a romper. Suelta ya, *basurita*.

—Dime otra vez *basurita* si eres hombre.

—No es culpa tuya, Rogelio, es que tu padre...

Tras el forcejeo y el puñetazo, Sisebundo quedó tendido con la cabeza bajo un pupitre virgen, sin usar pero ya echado a perder, y se tapó la mosqueta de la nariz con el envés de la manga. La sangre dejaba un rastro negruzco en el percal.

—¿Te ayudo?

—*Tocino* gordo asqueroso, vete a comerle la polla a tu padre.

—Tengo un pañuelo.

—Déjame en paz.

Rogelio *el basurita* y los demás ya jugaban a escalar aquel erizo gigante de patas de mesas con garras infinitas. De vez en vez, el cuarto parecía bostezar y desperezarse de la siesta, y hacía como el que se aparta la sábana o la almohada de la cara durante el sopor; una silla se hundía de improviso y una mesa volteaba del revés y el mundo se abría a los pies del mojón, y



GERMÁN P. ANSÓN

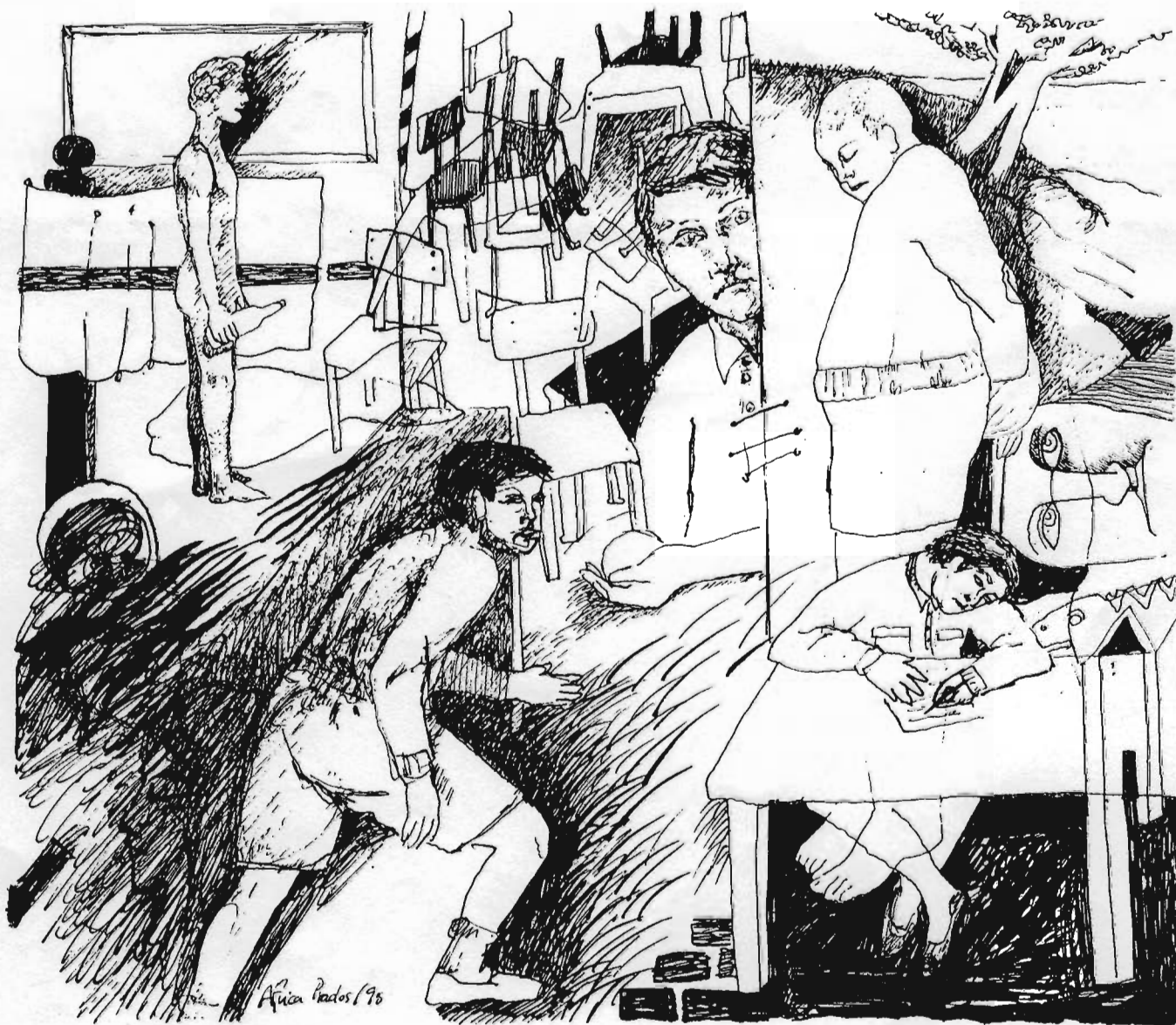
*Distorsión*

el conejo se agarraba al lomo de un armario, y *el mugre* retozaba encima de la superficie verde de una pizarra tornada. Haciendo equilibrios, resbalando y cayendo, encontraron allá arribota un ventanuco de vidrio esmerilado cosido a telarañas por unas tarántulas incansables y, con rostros de agudo placer, despachurraron la tejedura con las manos.

Pero en el almacén había algo más. Ellos ignoraban que si el cuarto había despertado se vengaría con crueldad. Lo halló Sisebundo, con la nariz aún goteando sangre púrpura: un botellín de agua tónica. La maestra de Lengua y Literatura era una momia rancia con los hocicos pintarrajeados que reservaba la botella para aclararse el pescuezo cuando tras cuatro o cinco horas de chillar y vociferar se ponía afónica. Sisebundo la vio y no lo pensó dos veces: debía recuperar algo de prestigio y, como por añadidura había bebido bastante gazpacho en el almuerzo, estaba a punto de reventar.

«Me la saqué delante de mis colegas y metí la punta por el cuello de cristal. Claro que eso era entonces, porque ahora» le confesaba hoy a Catalina, casi veinte años después, ahora no creo que me pudiera caber. Ja, ja, ja. ¡Y me descargué enterito dentro!

*El mojón y el basurita* brincaban de alborozo, Sisebundo resopló y se alzó los pantalones municipales. Le veían plácidamente satisfecho.





GERMÁN P. ANSÓN

Distorsión

—Qué tío.

—Para que aprendáis.

Les poseyó entonces una cosquilleante risa nerviosa, una convulsiva risa del espasmo ante el peligro muy difícil de detener. De súbito resonaron los tres tañidos tropológicos, connotativos, acostumbrados, en el campanario de la iglesia de Santa Algarabía Micaela, y repicaron el cencerro de formar fila en el patio.

Del patio pasaron a la primera clase, Lengua y Literatura. En la mitad de la hora lectiva, emborronaban entre renglones la declinación del pretérito pluscuamperfecto de subjuntivo, la descomposición y putrefacción del sintagma nominal predicativo, y los mensajes absurdos, incoherentes, por provocar a las niñas de las coletas como una necesidad biótica inextricable. Súbitamente, la voz de la maestra rajó la membrana de un silencio lleno de papeles y gomas Milán de borrar, y *la momia*, corriendo, huyó despavorida desde el cuarto trastero, gritando:

—¡¡Aaaah!! ¡¡Animales, salvajes, cafres!! ¡¡Aaaah!!

Aterrorizada, con todo el maquillaje arruinado y trastabillando como una disparada gallina sin cabeza, corriendo por las veredas de la granja. Aún hoy día, con barriga, con hijos, con fajas metálicas, a *el mojón* todavía le dan ganas de reírse. Rogelio, *el basurita*, desgraciadamente, no puede reírse.

En breve, toda la pandilla formaba fila frente al despacho del director, un cabezudo pelón, alto y con gafotas negras. Había que trasladar a *la momia* al hospital, le había dado un genuino ataque de nervios. Circulaban tubos de pastillas y grageas de colores por los pasillos. Las maestras alborotaban en el corredor, sonaban los teléfonos, entró un guardia municipal. Sisebundo miraba a sus compadres, rogando auxilio y deseando poder escapar.

Y fue de órdago: un verdadero rapapolvo mitológico. El director se rascaba la sandía calva, se atragantaba con el café de zurrapa, escupía una ensalada salivosa de blasfemias y maldiciones y preguntaba quién había sido el hijo de puta: les había visto Vicente *el garrapata* colándose en la salita de material. Maldito pulga, ya te cogemos, mamón. Como se mantenían todos tan calladitos, igual que los fiambres gélidos del padre de Sisebundo, el cabezón determinó entrevistarlos por separado en su despacho. A Sisebundo se ignora realmente qué le preguntó, pero él lo negó tozudamente todo, le estamparon cuatro bofetones en la boca y le cocearon afuera. Después los demás, lentamente, uno a uno, apellido por apellido, usted Rodríguez, no tenga tanta prisa Morales, tenemos todo el día, los inocentes no tienen que temer, pausadamente, como la tortura de la gota en el cerebro. Hasta que le tocó por fin al último.

Era Fabián Rosales *el tocino* quién sufría ahora dentro del despacho, los demás aguardaban impacientes al otro lado de la puerta. Rogelio *el basurita* aseguraba temblando que esa misma tarde corría él fugitivo al monte de Ronda con una navaja de cortauñas y una yesca para encenderse fogatas, porque por nada del mundo ni del infierno se atrevía a presentarse ante su padre el bodeguero cuando todos lo supiesen. *El mojón* también afirmaba otra tentativa de huida montada, y todos ya tomaban trascendentales decisiones análogas.

Pero de pronto se abrió el despacho. Surgió del interior a oscuras Fabián *el tocino* lloriqueando como una María Magdalena y, junto a él... el culpable se había confesado solo. Fabián Rosales *el tocino* lloraba con los mocos y la baba colgando, rojo como un pavo asfixiado y sangrando por las puertas de las narices, tal como Sisebundo en el almacén. Se armó un buen revuelo por los corredores, acudió don Virgilio, se acercó el guardia municipal, y a aquel pobre mequetrefe lo expulsaron del colegio.

El director, declarando que

(Aún faltaba mucho, muchísimo, para que cumpliera Sisebundo los veintidós años y pasara lo que pasó). Pero en aquel entonces una escena así le impresionó hondamente. No volvió jamás a ver a *el tocino*, y meditó largamente frotándose los moquetes, caminando a casa a lo largo de la calle Santa Algarabía Micaela, acerca del Alejandro autoculpado, acerca del poder y acerca de la opresión. Creyó haber aprendido finalmente qué es lo que buscan en realidad las autoridades, el director de la escuela, el cura, el sargento, y el preboste. No soluciones a problemas, no explicaciones a las incógnitas, sino cabezas de turco, receptáculos del odio colectivo, canales de evasión. Desde luego. Qué crueles... Qué inmorales. Qué hipócritas.

Qué cerdos.